

El justo matiz de tu partida

Jorge Alberto Gudiño Hernández

La búsqueda de la amada muerta es el tema central de este relato de corte fantástico en el que los límites entre la realidad y el sueño parecen disolverse.

Sebastian sale de la oficina de empleos macilento y tardío. Hace ya varias semanas que la respuesta es la misma, repitiéndose hasta minar sus ánimos. Tras una fila que se muestra interminable, entra en el proceso redundante cargado de visos coreográficos. En el centro del redondel se aglutinan los aspirantes, apretujados; en la periferia, protegidos por un acrílico resistente que acusa ralladuras, los que ofrecen empleo.

Sebastian se quedó parado en el centro los primeros días, trazando una trayectoria contenida, lejos de la periferia. Indeciso, preguntándose cómo harían los otros para presentarse ante desconocidos; para triunfar en medio de la muchedumbre; para convertirse en el señalado por un dedo, el elegido. Así se habría quedado para siempre, a la espera del milagro convocándolo a sus filas antes de ofrecerse él, si no hubiera escuchado la voz de Iris recordándole que debía ser fuerte, imponerse a la adversidad. De poco sirvió. Uno a uno, contratistas se decantaron por personas menos calificadas pero seguras de sí mismas. Incluso en esta última jornada que Sebastian había definido liminar a la hora de buscar trabajo, no logró prodigar su voz más allá de un trémulo susurro que los otros ignoraron: requieren de personal fuerte, juvenil, impetuoso y eso es justo lo opuesto a sí.

Sale abatido, camina unos cuantos pasos antes de adentrarse en una calleja. Los tonos rojizos de la tarde van remitiendo hacia las texturas verdosas del ladrillo o las violáceas del adoquinado. Con la mirada fija en sus zapatos raspados y húmedos, alcanza a ver cómo un des-

tello gualdo se escapa por una alcantarilla. Ha llegado la hora del colorido mate, ahito de matices.

Recargado contra un muro, Sebastian se acucilla. Palpa el bolsillo de su camisa, el que está sobre el corazón. Vacila por un instante, no le será fácil enfrentarse a Iris sin la noticia venturosa. De cualquier modo, saca la cápsula, la acaricia; juega con ella entre los dedos, sopesándola. Aún cuelga de la cadena rodeando su cuello. Ponerla además en el bolsillo no es una precaución sino un acto romántico, incluso reflejo. A fuerza de compararlo, Sebastian sabe que el dispositivo mide lo mismo que su dedo meñique. Es igual de largo, un poco más ancho que la punta y más delgado que el ensanchamiento de la primera falange. Es una jaula de metal que rodea una ampollita dejando grandes ventanas disponibles para contemplar el interior. Dentro, un líquido espeso permite a una diminuta canica la navegación. Tal como lo esperaba, el líquido ha cobrado la consistencia del añil, hiriéndolo con su tintura.

Dentro del complejo dispositivo se encuentra Iris. Lo que queda de ella.

Sebastian es incapaz de recrear lo sucedido. Si acaso, el cobalto le muestra la tonalidad del cielo. Fue tanto el dolor que no pudo sino sucumbir a la inconsciencia. Ignora cuántas veces tuvo que ser arrancado de ella por medios químicos o eléctricos. Sabe que las suficientes como para ir aceptando la idea a cada repetición de la escena: Un doctor o una enfermera que se acercan hasta su cama, le toman el pulso, observan un leve movimiento palpebral antes de la consabida frase:

—Qué bueno que vuelve en sí.

Apenas cobra conciencia una duda lo asalta: ¿Dónde está Iris? Se suma a otras más inmediatas: ¿Qué hace ahí? ¿Qué fue lo que pasó? Cada nuevo despertar las dudas se dispararon de a poco. Dejaron de sedarlo. Ya no era necesario amarrarle. Había pasado el estado de paroxismo; dejó de azotarse contra las paredes, de arrancarse el cabello, de intentar romper sus dedos, de agredir a los que se le acercaban cautos, lanzando improperios antes que su propio puño. Se fue acostumbrando a la idea. Incluso fue capaz de reconocerse en arrebatos anteriores.

Lo más doloroso de la muerte de Iris fue resignarse a ella.

Habían conservado su cuerpo en una cámara criogénica hasta que pudiera decidir lo que se haría con él. No lo dudó un instante. Invirtió cada uno de los ahorros de ambos en el encapsulamiento: era su último recurso. El proceso de compresión corporal podía revertirse. De los casos documentados, tres séptimas partes no sólo recuperaban sus propiedades físicas sino que, también, volvían curados. Un porcentaje alto para la resurrección. La ciencia había ganado terreno a la muerte.

Morir ya no era una esperanza tangible, apenas un proceso molecular que podía ser revertido, sonrió Sebastian por primera vez desde hacía tanto, cuando le entregaron la cápsula recomendándole cuidado. Ya sólo restaba conseguir los medios para desandar el camino, para que la molécula elemental que sintetizaba a Iris se reprodujera el número exacto de secuencias para traerla de vuelta. Pero nadie contrató a Sebastian y, así, es im-

posible hacerse de dinero. Al menos de forma legal. El líquido opalino donde flota Iris es una suerte de alimento que preserva las propiedades y evita el inicio de la mutación. Cuando se acaba, el dispositivo colapsa para evitar la génesis de engendros. Ese alimento es finito. De ahí que Sebastian se haya puesto un límite a la hora de buscar empleo. Ha llegado el momento de inclinarse por las alternativas.

Se levanta. Acomoda a Iris sobre su corazón no sin antes prometerle que encontrará el medio de volverla a su lado. Al deslizar la cápsula en su bolsillo, revive la caricia de ella sobre su pecho. Entonces sonríe, convencido del acuerdo tácito que han pactado. Lo que sea con tal de volver a esas tardes tumbados sobre la iridiscente superficie grana, cuando la luz tendía un puente chisporroteante entre sus cuerpos. Lo que sea con tal de abreviar de la tersura de su aliento, de la amapola dulce de su piel, del gusto inquieto de su voz... de ese murmullo quejumbroso que emitía cuando él frotaba linimento en su espalda antes de confesar su deseo para fraguarlo en placer.

La extraña.

Tanto que está dispuesto a lo que sea con tal de recuperarla. Por eso ha guardado el arma desde el amanecer, intuyendo que no conseguiría trabajo. Por eso se adentra en el laberinto hediondo de un suburbio anejo a la podredumbre para buscar una víctima. Callejones incompletos, cortados de tajo por un descuido urbanístico o un obstáculo inapelable. El acre hedor de las miasmas en descomposición mezcladas con el parapeto plás-



David Hockney, *Pearlblossom Highway*, 1986



David Hockney, *A Closer Winter Tunnel*, 2006

tico de la modernidad. Ésta es tierra de criminales. Por eso la ha elegido. Ellos son los únicos que portan dinero en metálico. Asaltar a una persona respetable resulta inútil aunque sea rica. Al menos para Sebastian. No conoce forma alguna para activar los mecanismos electrónicos que liberen el flujo de efectivo. Transferirlos a su propia cuenta es peor que confesarse. En unos cuantos minutos estaría sometido y preso. Sin rescate posible para Iris. Mejor ir adonde habita el desamparo.

Eso hace. A cada paso el ambiente adquiere matices plúmbagos, nada que ver con la flamígera realidad externa que se entretiene en variopintas retículas cromáticas. Llueve. El cielo barrunta gritos anunciados por estelas eléctricas. En un parpadeo, Sebastian se descubre empapado. Al siguiente, la negrura se apodera del entorno dejando resabios marengos en el aire. En el tercero, una fuerza incomprensible lo empuja, una mano lo toma del cuello, todo él va a dar contra la columna que prefigura el vano de una puerta. Luego se estampa contra ella, con un golpe sin ecos. El pomo se le encaja en las costillas.

Una eternidad corre a su lado.

Sin llegar a escampar la lluvia remite. Un índigo espeso se asienta sobre sus cabezas. La suya y la de la mujer que lo tiene acorralado. Hermosa. Con la poca luz que queda alcanza a percibir cómo sus calzas se adhieren al cuerpo con tal intensidad que casi se tornan grises cuando eran turquíes; son sus formas acuciosas las que tiñen con la paleta azulada. Su cintura descubierta parece esculpida a mano o vaciada en un molde de yeso formado en torno a una deidad originaria. Es su boca de un púrpura intenso vuelto carnosidad y su mirada un arrebato milenario. A falta de trementina que sea capaz de diluirlo todo, Sebastian desea un rayo virtuoso que le permita contemplarla en su conjunto.

Mientras tanto, tiembla.

Tiembla de frío, de ropas anegadas, tiritan sus dientes, el gélido vahído del crepúsculo se cierne sobre ellos. Tiembla de miedo, de excitación. Esta mujer es dominante y él está acostumbrado a mujeres dominantes. Iris era quien se encargaba de resolverlo todo, de decirle qué hacer, cómo hacerlo, la ruta a seguir una tarde cualquiera, la experiencia vivencial en turno. Hasta en sus gustos tenía injerencia. Sebastian apenas se encargaba de aceptar la encomienda antes de entregarse a ella. Para él, someterse es la más virtuosa de las formas del compromiso. Por eso se dejaba. Abandonado como ahora está a una voluntad poderosa.

Una voz lo saca del ensueño. Descubre que ya no lo empuja la mujer, tampoco su mano aprisiona el cuello. Apenas está arrinconado, un nivel arriba en la breve escalinata que conduce al pórtico. Aun así, no es más alto que ella. Serán los tacones, piensa y se regodea con el perfil cádeno de unas botas obsequiando el contorno de unas pantorrillas exactas. Escucha la frase repetirse. Es inocua.

—¿Qué te trae por aquí?

Está camuflada por la crepitación amarga de esa voz de matices graves y ronquera.

No acierta a contestar, carece de respuestas fáciles y siempre le ha costado mentir.

—No lo sé —es la ocurrencia que llega a sus labios, deslavada, sin fuerza, apenas un bisbiseo.

La mujer acerca su cara hasta la suya, gira su cabeza a un lado, recompone su aliento en el oído de Sebastian.

—¿No lo sabes? Eso es raro. —Y repite la exhalación que lo estremece por todo su flanco, dejándose llevar por el aroma a flores y maderas.

Sebastian hace un amago por tocar su cintura ahora que siente su cuerpo tan cerca. Echa de menos el contacto con una piel suave. Un pálpito cerca de su corazón lo contiene. No puede hacerlo, a Iris no le gustaría. De

inmediato detiene el pensamiento, a ella le desagradaba que hiciera lo posible por adivinar sus intenciones.

La mujer se ha separado. Apenas son unos metros. Tiene los ojos cerrados. Saca un inhalador de un bolsillo oculto que no permite a Sebastian detenerse a contemplar el amplio movimiento de sus brazos. Conforme la mujer rellena el bulbo, Sebastian entrevé la imagen de Iris sonriendo complaciente. Trazo a trazo, se va formando una escena confusa que tarda en reconocer. Es una de las últimas que vivieron juntos. Están sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, en torno a un platito de plata pulida cuyo contenido lanza exclamaciones coloridas. También hacía frío pero no les preocupaba. Sebastian se había atrevido a proponerle que probaran los efectos del Arcoíris y ella accedió si él era capaz de conseguirlo. Lo hizo superando todos sus miedos. Vistos a la distancia con que se ve, parecen un par de adolescentes adentrándose al fértil campo de lo perdido.

Dos chasquidos sin llama. La mujer lo intenta de nuevo hasta que consigue encender la masa viscosa dentro de la burbuja del inhalador. El interior es turbio, del tono del almagre.

—No es Arcoíris —comenta Sebastian sin querer.

Tampoco lo era el que ellos fumaron, se enteró demasiado tarde. Si no se hubiera dejado engañar todo sería diferente. La mujer vuelve a acercarse, anhelante.

—¿Quieres? —Él apenas escucha. Está entretenido en la línea de sus pechos, crecidos por la inhalación contenida.

—¿Quieres? —Niega con la cabeza cuando le vuelve a preguntar. Ojalá hubiera tenido la experiencia de esa mujer al comprar la otra droga. Sus efectos inmediatos fueron lo prometido, las consecuencias venideras fueron mucho más poderosas, lesivas.

—¿Tienes Arcoíris? —Ahora es la codicia la que edulcora la voz, aliñándola con una salsa suave, ligera, que irrita de inmediato.

Sus nos reiterativos van perdiendo fuerza mientras la mujer lo palpa. Toca su cuerpo con lascivia, lo siente. No son sólo unas manos buscando maná, también lo acarician, buscan provocarlo. Sebastian busca refugiarse en Iris para contener la excitación. No puede. La última imagen los muestra vencidos, derrotados. Él había propuesto que se lo acabaran todo, tal era el nivel de placidez causado por la droga. La felicidad prometida daba resultados. Inhaló un poco, la pasó a Iris que dio una fuerte calada. Entonces el paraíso. Su siguiente recuerdo tiene que ver con un hospital y el desespero.

La aparta sin miramientos. Con su diestra empuja a la mujer de un hombro, incluso aquí es pudoroso. Un hombro desnudo, terso como la noche en la que escampa. Ella se resiste abofeteándolo dos, tres veces. En su mirada hay un odio que no entiende. El dolor le ilumina la mejilla, alcanza el oído. Siente el aroma placente-

ro de la sangre brotándole del labio. Ella se disculpa. Vuelve a acercarse a Sebastian quien, aturdido, confundido de las sensaciones. Intenta convencerse de que es Iris quien lame la saliva rosácea de la herida. Se decide a tomarla por la cintura. El tacto es azúcar granulada derriéndose en su boca. Su cuello recibe otro lengüetazo, largo, sutil; ímprobo.

Sebastian sube con lentitud la mano, justo como le gustaba a Iris. Llega al punto exacto entre los hombros antes de emprender el descenso sinuoso de una locura. La mujer se estremece y gime, se aventura en el camino hacia su sexo. Cuando Sebastian juguetea en el ensanchamiento curvilíneo de sus nalgas envueltas por la brea de sus calzas, escucha un canto acedo, ronco, diferente al trino venturoso que emitía Iris. Se detiene, separa su mano con lentitud y espera. Aguarda a que la mujer se detenga, a que deje de agredirlo en su seducción. Lo hace cuando sus manos ya se entretenían con la botonadura. La sorpresa se le instala en los labios que se muerde antes de ofrecerlos.

—Vete. Por favor, vete —suplica Sebastian.

Ella se recompone, lame sus heridas. Es tan diferente a Iris. Cómo pude... Busca su norte resguardado junto al corazón. Lo alcanza. Apenas lo roza a través de la tela de su camisa y ya se siente mejor.

—Antes págame —el sonido es una orden sin aderezos ni alternativas; fría, metálica. Menciona una cantidad exagerada.



David Hockney, *Chair*, 1985

—No tengo —Sebastian tiembla junto con su voz.

La mujer se acerca amenazante. Algo ha cambiado en sus ojos que ahora lo atemorizan. Tal vez sea el vi-triolo olivo el que lo amedrenta. Con diligencia, vuel-ve a esculcarlo infructuosamente. Es verdad, no tiene con qué pagar. Si lo tuviera rescataría a Iris de su encierro o, al menos, comería de vez en cuando. La ira se apodera de la mujer cuando se hace de la pistola. No es suficien-te. Lo insulta, lo golpea en el abdomen, lo dobla. Se topa con la cápsula y sonríe. En algún lugar debió ocul-tar el arma.

Debes ser fuerte, enfréntala.

—Con esto bastará —asegura mientras arranca con un movimiento raudo la cadena del cuello.

Sebastian siente el latigazo de la escoriación. Se dis-trae por un momento. ¡Puedes vencerla! Es la voz de Iris que lo conmina. Sebastian toma aire, se incorpora ayudado por la pared. Sus ojos están a la altura de los de la mujer.

—¡Devuélvemelo! —Exige con un graznido.

Ella ríe, se burla. Hace escarnio del timbre, de las pa-labras. La ira ya remitió.

—¿Y si no...?

Sebastian no puede responder, completar la frase, concretar la amenaza. Siente una lágrima abriendo las exclusas de lo indigno. Entonces suplica. Se arrodilla ante la extrañeza de la mujer que lo mira, incrédula; la marea se ha detenido en sus ojos. Se aleja un par de pa-sos que contribuyen a agudizar el tono de la súplica. Ella duda. Toma la cápsula, la observa y la devuelve al bol-sillo de la camisa de Sebastian. El desprecio sale de su escondrijo, tiñe el panorama y torna sola los charcos.

Él se le abraza a las piernas, agradecido; incluso es-boza una caricia que se pierde en la tela. La mujer se se-para con asco. Antes de darse la vuelta le escupe. Le hace ver lo poco que vale si es con llanto como defiende lo que más quiere en la vida.

—Más te valdría destruir esa ampollita.

Es a varios pasos de distancia cuando un cono de luz regala a Sebastian la imagen plena de un cuerpo mara-villoso. La desea pero ya no puede tenerla. Cambiaría a Iris por una noche a su lado. Es perfecta, piensa antes de gritarle:

—¡Vete a la mierda!

Ella gira, lento, con la serenidad que le da vivir en es-tas latitudes. La calma se crispa en torno. El arma apa-rece como por acto de magia de dondequiera que la haya guardado. Sebastian no grita, no suplica, no se arredra. Tiempos mejores han llegado para su estima. Se incorpo-ra poco a poco, conforme ella alza el brazo, apuntando. Coinciden en el movimiento. Luego la mujer dispara. Sebastian alcanza a escuchar la voz de Iris exhortándolo a que se tire, ordenándose. La desobedece. Está harto de no seguir sus impulsos. Ella quería que fuera fuerte. Aho-ra lo es. Debe serlo. Enfrentarse a un destino que adivina cuando la bala atraviesa la cápsula, se adentra en su piel quemándola y alcanza su corazón para crear una sín-te-sis molecular precisa pero que nadie volverá a la vida.

De haberse acercado al cuerpo caído, la mujer po-dría haber visto, bajo la capa lodosa de lágrimas y tie-rra, una mueca que sólo pueden figurar los que se bur-lan de sí mismos. No lo hace. Da la vuelta, aprieta el paso y se aleja dejando tras de sí una estela líquida de to-nos insumisos. **u**



David Hockney, *City Urban Life Place*, 1985